



CABALLEROS RODANTES

Andrés Pinar

CABALLEROS RODANTES



Primera edición: junio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Andrés Pinar

© Diseño de portada y mapa: Marta Quiñones

ISBN: 978-84-10253-86-5

ISBN digital: 978-84-10253-87-2

Depósito legal: M-13918-2024

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

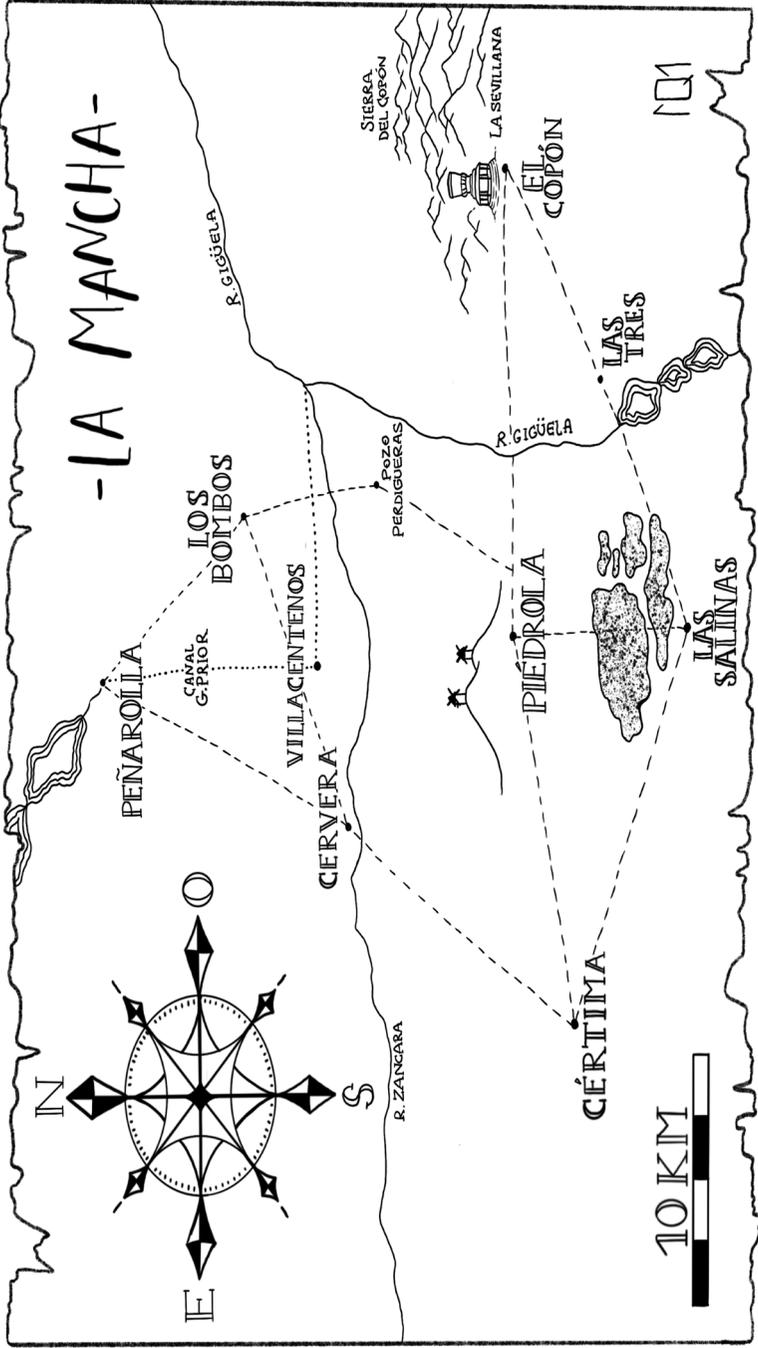
28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre y mi abuela



Índice

PARTE I AMANECER	15
CAPÍTULO I	19
CAPÍTULO II.....	31
CAPÍTULO III	43
CAPÍTULO IV	55
PARTE II ATARDECER	67
CAPÍTULO V.....	69
CAPÍTULO VI.....	83
CAPÍTULO VII.....	97
CAPÍTULO VIII.....	111
CAPÍTULO IX.....	125
CAPÍTULO X.....	137
CAPÍTULO XI	147
CAPÍTULO XII.....	157
CAPÍTULO XIII.....	171

PARTE III ANOCHECER.....	185
CAPÍTULO XIV.....	187
CAPÍTULO XV.....	199
CAPÍTULO XVI.....	211
CAPÍTULO XVII.....	227
CAPÍTULO XVIII.....	237
CAPÍTULO XIX.....	251
CAPÍTULO XX.....	265
CAPÍTULO XXI.....	275
CAPÍTULO XXII.....	285
PARTE IV AMANECER.....	295

*Aquella que abrió las puertas del Cielo para salvarnos puede abrir y
cerrar las de este mundo.*

Cantiga 246, Alfonso X

La vida de un ciclista es, a todos los efectos, la del caballero andante, solo que, en vez de andar, rueda. Bueno, también camina en algunas ocasiones, cuando es derrotado, así que, de estas, mejor no hablar.
Orgullo de caballero.

Parte I
Amanecer

Permíteme presentarme. Me llamo Miguel, pero en mi pueblo, Piédrola, me conocían como el Macario. Miguel el Macario. Allí ya se olvidaron de mí, y vuelvo a ser solo Miguel, Miguelillo, Migue-lón, cosas así, pero no el Macario. Me llamaban así por mi padre, Pepe el Macario, nombrado por la bici de la marca Macario que se encontró en la sierra del Copón un día de primavera cogien-do espárragos. Mi padre se pavoneaba por ahí con aquella bici de pintura roja y letras blancas que decían MACARIO, entonces venía el Macario, Pepe el Macario viene, se va, atentos, que viene el de la bici roja, ¿quién?, el Macario, ¿Pepe?, sí, el de Piédrola, etc. Y claro, después vine yo, ¿quién?, el chico del Macario, ¿de Pepe?, sí, el chi-co, el Miguelillo, el de la bici blanca. Mi hermana tuvo más suerte, y escapó, con su verdadero nombre, del pueblo, pero esa es otra historia. Esta es la historia de mi padre y de mi abuela, también ciclista, y de lo que aconteció en su último verano, cuando el sol se detuvo sobre la llanura manchega.

CAPÍTULO I

DOS MELONES Y UNA SANDÍA

A los doce años, yo empezaba a conocer verdades universales. Sabía cosas. Por ejemplo, que los jueves tocaban lentejas. También sabía que acumular gaseosa bajo la lengua era como llenarse la boca de hormigas. Sabía, aunque con algunas dudas, que el sol saldría al día siguiente. Si estaba hecho de fuego, debía apagarse en algún momento, ¿no es así? Pero si había algo certero, algo probado hasta la saciedad, algo que entraba en la categoría de las verdades verdaderas, era que el lápiz rojo corría más que el verde. Se deslizaba por las páginas de mi libro abierto de historia con una velocidad imposible para el otro lápiz, y acababa rodando por la mesa de piedra de molino, a la sombra de la parra del patio. Allí era donde me apresuraba a hacer los deberes de todo el verano, pues ya era septiembre, y pronto habría que volver al colegio. Sin embargo, me estaba costando concentrarme un poco más de lo habitual porque aquella misma mañana había sido derrotado por el Salivilla del Copón.

Ah, sí, la derrota aún escocía. Hacía poco había recibido mi bici nueva; por fin, una bici de chico grande con la que poder subir, bajar, escapar de los perros salvajes, burlarme de los vendimiadores subidos al remolque y seguir a otros caballeros rodantes en mil peripecias. Me la iban a traer los Reyes Magos, pero el camello se extravió, me dijeron, y por eso llegó con la última luna de agosto. Me dio igual. Sospechaba que la bici no era nueva, sino un mezcleto de

partes y piezas viejas que mi padre había ensamblado para después pintarla de blanco, pero, aun así, era una bici fantástica. Aquel día, con la primera luz, había sacado la bici de la cuadra y cruzado el pueblo aún durmiente. Una vez en la carretera, había rodado con furia por la llanura, disfrutando de aquellas ruedas enormes girar y llevarme muy rápido hasta el Cerro de la Emisora, que se levantaba altísimo, destacando en la planicie con la antena como el pitorro de una boina, en la sierra del Copón. Había elegido aquel cerro por ser más alto que el de Piédrola; quería probar mi bici nueva en la subida más terrible que podía encontrar sobresaliendo del llano. La Emisora era una cuesta muy gorda, temida por todos los ciclistas manchegos, primero gentil y acogedora, perfumada con olor a tomillo y jara, que se volvía cruel conforme ascendía sobre los viñedos infinitos. El camino ascendía en espiral, escondiéndose entre las encinas, las burlonas encinas, siempre observando al próximo infeliz que trataba de hacer cumbre en cielo azul rabioso de verano. En esa me las había visto, jadenado y reptando por el asfalto pedregoso que giraba y giraba dándome viento sí y viento no tras cada curva, poniéndome de pie, sentándome, mirando hacia las encinas de la cuneta, que no se movían apenas, sudando sobre el cuadro de acero y haciendo eses por la carretera para minimizar la pendiente, cuando, de pronto, había recibido una colleja en el cogote, seguida de una sombra que me había adelantado en medio de la subida. Era el Salivilla, poniéndose de pie en su bici para acelerar y hacer cumbre antes que yo.

El Salivilla del Copón, menudo ceporro. Era un chaval de mi edad, de tez cetrina y ojos pícaros, siempre trasegando con su montura por la Mancha, como yo, y no pocas veces nos habíamos visto las caras subiendo a los molinos de su pueblo, o del mío, combatiendo fieramente en batallas sin vencedor ni vencido, puesto que éramos exactamente iguales en calidad ciclista. No obstante, el Salivilla gustaba de meter ramas entre las ruedas durante las carreras, escupir a los ojos, lanzar cantos, o peor aún, robar monturas ajenas como la que llevaba aquella mañana, robada a mi amigo Redman hacía pocos

días. El Salivilla nunca despreció la oportunidad de combatirme, y cuando me adelantó, engranó el plato grande para darle alcance, pero se me olvidó que la bici nueva tenía un plato de cincuenta y cuatro dientes, un señor plato de ciclista de los del Tour, sin tonterías, un plato para comer bizcochá, no para subir cuestas. De ese modo, me había atascado y mi cadena había saltado dando conmigo en el suelo, desde donde había observado al Salivilla coronar la Emisora con una risa que me hirió profundamente el orgullo de caballero.

Sentado bajo la parra del patio, con los deberes y los dos lapiceros ante mí, aún pensaba en el trasero del Salivilla meneándose mientras pedaleaba, riéndose de mí aquella mañana, y así de amargado me hallaba cuando el reloj dio las cuatro y media. Al fin. Cerré el libro de un golpe y me dirigí a la portada de la cuadra para ir a buscar a Redman. Habíamos planeado una escaramuza hasta el río para husmear, chapotear, tirar piedras... y ver a las chicas francesas. Ciertamente, pocas iniciativas del ayuntamiento eran tan populares como la de traer un grupo de estudiantes franceses para que aprendieran español. Todos los veranos una veintena de parisinos se dejaban caer del autobús en la plaza del pueblo, y los observábamos descender, caminar y hablar como ellos lo hacían, en especial, las terribles chicas francesas. Tan rubias, tan guapas, tan vestidas de aquella forma que ni las de Madrid podían soñar con imitar, peinadas de formas agresivas, escotes anchos, medias rotas a propósito, uñas mal pintadas, tocadas con pañuelos, con tantos brillos y desprecios puestos encima que no podíamos dejar de enamorarnos en cuanto pisaban la Mancha. ¿Estarían las francesas en bañador? Oh, las francesas... Su visita me producía sensaciones encontradas, quizá un viso de traición. A mí me gustaba la Pili, la hija del Panadero, ella era mi dama del lago; las demás eran damas de río. Pero damas, a fin de cuentas, y por ellas, uno debía hacerse encarcelar en la isla de If. Cuántos reinos habría dado por ser su caballero andante, por tener alguna allí mismo, solo para rozar su mejilla pecosa e impregnar con su olor mis manos... ¿Un beso? Ni soñarlo, Miguelito. Ni soñarlo.

Así pues, Redman y yo iríamos a espiarlas al río sin ser vistos, pues los pequeños fisgones no éramos bien recibidos entre los chicos mayores; por ello, la escaramuza se planeaba con extremo secreto, previa reunión en el pretil de la iglesia, dos días antes. Nunca supe por qué elegíamos aquel lugar tan concurrido para tramar y urdir nuestros planes; además, se nos manchaba el culo de cal, tal vez porque Redman decía que era parecido al pueblo de Aguas Calientes, en *La muerte tenía un precio*. Una vez allí, fantaseábamos. ¿Qué encontraríamos por el camino? ¿Algún perro? ¿Algún lobo? Me había preparado un hatillo para cualquier eventualidad, y en él había metido el tirachinas, papel, lápiz, cuerda, un *Mortadelo*, linterna y una pila de petaca. Redman traería los petardos porque tenía proveedores de confianza; es decir, su hermano el Cristo, que también proveía el mechero y los cigarros. Además, yo no tenía tantas ganas de fumar como Redman, y no iba a arriesgarme a forzar la cómoda del abuelo. Cuando aún vivía, el viejo podía tener un genio de mil demonios en lo tocante al tabaco: el Betis, el puro, y luego hablamos, decía. Aquella vez podría haber forzado la cómoda porque el abuelo se había muerto el verano anterior, pero me resistí a enfadarlo allí desde donde me estuviera mirando. En cambio, sí me había colado en el armario de la abuela para conseguir una pámela de paja trenzada enorme y un pañuelo de seda rojo para atármelo a la frente, a lo Sandokán. A veces, también cogía *La isla misteriosa*, por si había que improvisar una sociedad autónoma para sobrevivir. Otras veces cargaba con *Tom Sawyer*, perito en aquellas lides. Por brújula había tomado un pequeño barómetro de adorno que colgaba de una cuerda en la entrada del patio, pensando que alguna información útil podía proveer, y como catalejo, unas gafas viejas de culo de vaso. Ya con todos los pertrechos en la mochila, me escabullí corriendo por las escaleras cuando mi madre me interrogó y salí quemándome la mano con la portada de la cuadra. Un balde de aire fundido se derritió por mis hombros al salir a la desierta plazuela de la Puerta Cervera. Como a Redman le había robado la bici el Salivilla, aquella aventura debía ser a pie, así que

eché a andar muy despacio, habituándome al empuje del sol sobre la piel. Al cruzar la plazoleta, me topé con tres tractores desfilando por mi calle que volvían pronto de las viñas, pues era el domingo de inicio de la Feria de la Vendimia. Llevaban remolques llenos de vendimiadores de tez oscura y somnolienta, repantingados de cualquier manera en su interior, como si los hubieran ido vendimiando a ellos mismos por las lindes tras la jornada. Los que no dormían se animaban entre ellos pensando en la verbena de la noche, cantando:

*Venimos de vendimiar,
de la viña de mi abuelo,
y no nos quieren pagar
porque hemos roto el puchero...*

Saludé a alguno de ellos mientras pasaban los remolques. Menueta suerte, pensé, aquel año no me había tocado ayudar al tío Ángel a vendimiar y podía dedicarme plenamente a la caballería. Caminé pegado a una pared de cal por la exigua sombra que concedían los tejados de las casas, como si fuera el borde de un precipicio. Iba algo ansioso, inquieto, y hasta los geranios que asomaban la cabeza entre las rejillas de las ventanas sabían que algo estaba por venir. Crucé la plaza mayor bajo la única mirada del reloj y continué por las callejuelas cercanas al torreón recorriendo con el dedo la frontera del rodapié añil en las paredes blancas, como de cielo invertido, de pueblo manchego. Habíamos quedado en vernos a las cinco en la farmacia, pero Redman no estaba allí, como era habitual. Pasé de largo y crucé la plaza de Palacio, donde no había ningún palacio, solo un busto extraño de un caballero con una lanza. Me detuve ante una puerta de pintura descascarillada y golpeé con la aldaba en forma de argolla, con cuidado de no pillarme los dedos.

—¿Quién es? —dijo una voz femenina con acento inglés.

La voz provenía del piso de arriba. Me cubrí los ojos con la mano para mirar, pero nadie se había asomado por la ventana, que

permanecía con la cortina bajada para impedir al sol calentar las dependencias.

—Soy Miguel —contesté a la ventana—. ¿Puede salir Oliver?

Mis palabras rodaron calle abajo como un salicón, sin respuesta. Esperé. De pronto, un murmullo, que se convirtió en temblor, y después en el terremoto de un bisonte bajando por unas escaleras. La puerta se abrió con violencia y, tras ella, Oliver Redman, con su gorra y sus pecas, tan rubio y flaco como de costumbre. Amagó con golpearme y caí en el amago, siempre lo hacía. Nos miramos, asentimos y echamos a andar. Yo era el guía, por supuesto. Visitar el molino abandonado del río suponía cruzar los caminos tenebrosos de hierbas altas y vega blanca, y mi padre me había enseñado el camino, que no era paseo baladí; allí encontrábamos cartuchos de los cazadores, de vez en cuando nos encontrábamos basura de vagabundos o ladrones que lo utilizaban de escondite. No era sitio para chavales, por eso un guía de parajes recónditos como yo era bien necesario. Los muchachos de nuestra edad aún no sabían de aquellos lugares, y solo los mayores o los caballeros que iban a la sierra se atrevían a emprender el viaje, de ahí nuestra excitación.

Conforme atravesábamos las calles hacia el camino del río, no pude evitar fijarme en los carteles del Trofeo Ciclista de Feria, pegados por todas partes. Estaban en la puerta de la plaza de toros, donde algunos viejos se sentaban a la sombra para pasar la tarde. Estaban en el arco de la plaza, en la puerta de la iglesia y hasta pegados en las señales de tráfico. Traté de evitar mirarlos concentrándome en caminar, y así, en la solanera de la tarde, abandonamos el arenal y nos internamos en la era. No fue hasta bien entrados en los viñedos cuando al fin abrí la boca para decir:

—El agua.

Hacía ya rato que caminábamos cansinos por el camino del Copón, con la sierra insinuándose en el horizonte y nuestras sandalias crujiendo en la tierra seca del camino. Como no hacía viento, la nube de polvo nos acompañaba desde la salida, cobijándose entre nuestra ropa, buscando la única sombra y humedad que aquellos

parajes podían ofrecer. El camino del Copón era inclemente, feo, llano y polvoriento, y la próxima sombra o piedra grande se encontraba en el cruce del Olivo.

—El agua —repetí, con la boca pastosa.

Mis palabras rompieron el trance del caminar que imbuía el sol. Redman me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—No hemos traído agua. ¿Tú llevas?

—No.

—Siempre igual. Sin agua, Redman.

—Es tu culpa, Miguel.

—¿Mi culpa?

—Claro, tú mejor que yo deberías saber que debimos traer agua. La Mancha es un desierto. De donde yo vengo, nunca hay que pensar en llevar agua. Se abre la boca al cielo, y se espera hasta que se llena de lluvia. No aquí. Seguro que, si nos descuidamos, veremos algún camello...

—No exageres, Redman. Además, la Mancha no siempre fue tan seca. Mi padre siempre dice que hace muchos, muchos años, todo esto eran bosques y arroyos desde la sierra del Copón hasta el embalse de Peñarroya... Bosques con sombras grandes y ardillas que saltaban de rama en rama por toda La Mancha, y paraban a beber de los mil ríos que cruzaban por aquí.

—¿Y qué pasó?

—Que se secó todo, y se quedó como está ahora —dije, deshaciendo un terrón de arenisca con el pie—. Qué mala suerte.

—Entonces..., ¿tienes sed? —dijo el Redman, deteniéndose.

—Un poco— me detuve a su lado, sacando la pamelita—. ¿Tú no tienes sed?

—No. Bueno..., ahora que lo dices... Jope, Miguelito, ahora tengo sed yo también. ¿Qué hacemos?

—¿Cavamos un pozo?

—Sí, deberíamos.

—Vale.

Redman sacó su palo y golpeó el suelo sin miramientos. El palo rebotó y se partió en sus manos.

—No, hombre, ¡no seas bruto! ¡Ahora nos hemos quedado sin palo! ¿Y si sale un lobo?

—A estas horas no hay lobos, Miguelito, porque tienen mucho pelo y pasan calor.

—Aun así, no se puede cavar en cualquier lado. Hay que... —hurgué en la mochila hasta sacar el barómetro— usar esto.

—¿Qué es eso?

—El abuelo lo miraba cuando va a llover. Supongo que la flecha apunta hacia la lluvia.

—¿No íbamos a cavar un pozo?

—Claro, ignorante, también apunta al agua enterrada, ¿acaso no es lluvia que se ha quedado ahí escondida?

—Sí, es verdad.

—Hay que colocarse... así... —orienté la circunferencia del barómetro conforme me pareció más razonable, y observé la aguja indicar hacia unos cardos en la linde—. ¡Ahí! ¡Bajo los cardos!

—¿El agua está ahí?

—O eso o hay algo enterrado, este cacharro no falla. Cava, Redman.

—¿Por qué yo?

—Porque yo soy el ingeniero Ciro Smith, y tú no, así que cava.

—¿Por qué eres tú ingeniero?

—Porque tengo el aparato.

—Ya no lo tienes —Redman me lo arrebató de pronto y se alejó unos pasos—. Ahora soy yo el ingeniero. Y cava tú.

—¡Eres un...! —me detuve en seco, me rasqué bajo la pabela y continué, con voz suave—. Muy bien, cava yo.

—¿Ah, sí? —dijo Redman—. Ah, pues... sí, deberías, porque yo soy el ingeniero...

—Claro que... —interrumpí—. Si hay algo enterrado debajo, me lo quedo yo.

—¿Qué dices, Miguelito? ¿Cómo va a haber algo enterrado ahí?
—señaló la llanura alrededor—. ¿Por qué iba alguien a...?

—¿No ves que es un cardo muy alto? Sí, es el más alto de por aquí, si alguien quisiera enterrar..., no sé, una caja de puros con monedas, seguro que tendría que hacerlo bajo ese cardo tan grande.

Redman se debatió unos segundos, se quitó la gorra para abanicarse con ella y se rascó las finas piernas blanquecinas. Al fin, respondió:

—Cavamos los dos.

—Conforme.

Con un par de cantos, nos arrodillamos junto al camino para golpear la tierra compacta y seca que casi brillaba de lo firme y prensada que estaba del pasar de los remolques. Al cabo de unos minutos, jadeantes y sudorosos, apenas habíamos resquebrajado la superficie. Redman lanzó su piedra y se sentó sobre las rodillas.

—Es inútil... —dijo—. Así no hay manera...

—Sigue cavando, Redman, ya verás como encontramos algo.

—¿Qué es eso?

Redman señalaba un bulto negro, unos metros más adelante, medio enterrado en la linde, que había pasado desapercibido. Nos acercamos cautelosos. Lancé una piedra, y rebotó en su superficie.

—¿Será un erizo?

—No, Redman, no tiene púas.

Nos acercamos más.

—¡Un balón! ¡Un botijo! ¡Un botafumeiro! ¡Un...!

—¡Es una sandía!

La desenterramos, jubilosos, extrayendo una sandía grande, apenas agrietada, negra con trazas verdes. Saltamos y gritamos de la emoción. Redman hundió el talón de su sandalia partiendo la sandía con un delicioso crujido, y antes de que alguna gota de agua dulzona tocara la tierra del camino, ya nos habíamos lanzado a comer, como dos hienas, metiendo toda la cabeza en las dos secciones en que se había quebrado la sandía. Estaba caliente y polvo-

rienta, pero sabía a hallazgo, a aventura y a desobediencia. Nos la comimos en pocos segundos, entre dentelladas, gruñidos y jadeos. La andanza nos supo tan dulce como la sandía, que se nos secaba alrededor de la cara. Retomamos la marcha con nuevos vigores, cantando muy ufanos, caminando deprisa y subiendo imperceptiblemente por el camino del Copón, hasta llegar a la sutilísima loma que coronaba el olivo, donde el camino se bifurcaba. Descansamos bajo su sombra, la única en todo el trayecto, apoyados en el tronco mientras las ramas ejercían de paraguas contra el sol de la tarde, aún lejos de apagarse. Desde allí, se veía el pueblo; tras él, el Cerro; a lo lejos, Cértima; y al otro lado, el tímido verdor puntiagudo y oscuro de los arbustos de la sierra.

Lo demás eran campos, campos largos, con parras secas, cebada y hierbajos duros, como las cuatro liebres que se nos cruzaron y que, de algún modo, se las apañaban para vivir en el páramo de la Mancha, que no se acababa por ninguno de los puntos cardinales. Y como un borrón de un pintor novato, el río manchaba las lindes que cruzaba con juncos y tarays espigados; estos se alzaban más que las pequeñas matas de tomillo y cardos que nos acompañaban hasta ahora.

—No vamos a llegar nunca, Redman. Debimos haber traído las bicis...

—¿Qué culpa tengo de que me robaran la mía, Miguelito?

—Con las bicis ya estaríamos allí...

—Hablando de bicis, ¿has visto el cartel del Torneo de Feria?

—dijo Redman, mirando al horizonte.

—Querrás decir el Torneo Ciclista de Feria, atontao.

Redman poco sabía de ciclismo, o caballeros rodantes, o de la Mancha en general; al fin y al cabo, él, su madre y el Cristo solo llevaban un año y pico en Piédrola. Por eso, invertí un rato en explicarle lo que era el Torneo. A finales de verano, coincidiendo con el inicio de la vendimia, se celebraba la feria del pueblo, y a su inicio tenía lugar el Torneo Ciclista de Feria. A ojos extranjeros, este era un torneo local de poca importancia, unos cuantos

ciclistas aficionados de los pueblos vecinos tragando viento en la llanura. Sin embargo, para nosotros el Torneo de Feria era algo notable. Aunque la caballería y el ciclismo estaban en clara decadencia desde hacía años, el honor de pueblo aún se medía por la victoria en Torneo de Feria. Más aún, porque el Torneo concluía con una ascensión al Cerro de los Molinos. El Cerro nos pertenecía por derecho, Piédrola era el pueblo más cercano y sobre él había dos molinos propiedad de nuestras gentes. Y todos los demás caballeros que intentaban su conquista eran considerados enemigos. En especial, los del pueblo de al lado, que era Cértima.

—Esos bastardos de Cértima... —dije—. Llevan ganando el Torneo muchos años. Habría que derrotarlos.

—Sí.

—Derrotarlos y recuperar nuestro Cerro, nuestro Torneo y... ya sabes.

—Sí —dijo Redman.

—Cuando mi padre corría con el Panadero, siempre ganaban el Torneo. Bueno, también corrían con el Jaro, pero ahora es uno de los Topos.

—¿Los Topos?

—Sí, son el equipo de Cértima. Se llaman así porque llevan un maillot con puntos azules sobre blanco de Gaseosa La Prospe. Son casi profesionales, y el Jaro es ahora su jefe... Gusano traidor, se fue con ellos para ganar siempre el Torneo. Mi padre y el Panadero lo intentaron después, pero no se puede hacer nada, son demasiados, y demasiado buenos. Ya ni lo intentan, nuestro Cerro de los Molinos lleva siendo suyo desde..., bueno, desde que yo recuerdo.

—Tu padre ganará esta vez.

—Mi padre no corre ya en el Torneo desde hace años, ¿no te lo he dicho?

—Ya..., bueno, es que...

—¿Qué pasa, Redman?

—No..., nada...

—No te hagas el tonto, Redman.

—Pues..., la verdad es que...

—¿Qué pasa, Redman?

—Que mi madre ha escuchado en la peluquería... Bueno, no sé, la mujer del Tobías, del Gordo, sí, se estaban echando el tinte, y decía que esta tarde habrá una reunión secreta en la panadería, con el Panadero y tu padre.

—¿Una reunión? ¿Qué estás diciendo, Redman?

—Te lo juro, Miguelito, es lo que me ha dicho mi madre, que habrá una reunión entre el Gordo Tobías, tu padre y el Panadero, y algún otro más, esta tarde, para ver si corren o no en el Torneo.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Yo... Pensé que lo sabrías.

—¡Pues no lo sabía! ¡No tenía ni idea, Redman! Una reunión..., sí, ¡van a correr, van a correr y ganar otra vez! Tenemos que ir.

—¿A la panadería? ¿Otra vez?

—Sí —dije ruborizándome—. Otra vez a la panadería.

—¿Y los franceses?

—Que zurzan a los franceses. Vamos. Tenemos asuntos que atender.